

José Santos apunta que su vuelta a Madrid en Febrero de 1746 supone un cambio muy importante en su vida, ya que el nuevo rey, Fernando VI, le encarga el diseño de los adornos del Palacio Nuevo, y sus amistades cortesanas (Duque de Medinasidonia y Conde de Maceda, fundamentalmente) le llevan a ser nombrado Cronista General de Indias y Abad perpetuo de Ripoll -a lo que renunció en 1756 sin haber tomado posesión-, entre otros cargos.

Tras muchas alusiones a hechos biográficos interrumpidas con, eso sí, atinadas consideraciones sobre el pensamiento de Fray Martín sobre tantos aspectos de la vida de su tiempo, Santos Puerto concluye su Introducción dando cuenta de la opinión que el benedictino tenía acerca de los tratados de Historia y expresando su agradecimiento por la colaboración prestada a la actual Duquesa de Medinasidonia, Doña Luisa Isabel Álvarez de Toledo, así como a la Directora del Archivo Ducal.

El capítulo más extenso -*Cartas al Duque* (pp. 47-235)- contiene la transcripción y anotaciones de setenta y tres cartas dirigidas por Fray Martín Sarmiento al Duque de Medinasidonia entre los años 1747 y 1770. Se incluyen cuatro fotografías de otros tantos originales, aunque su calidad no es muy buena, todos ellos de la colección Medina Sidonia.

Las notas hacen alusión tanto a aclaraciones del texto como a pasajes de otras obras en los que se tocan los mismos temas, y siempre resultan muy eficaces en su propósito.

Todo el conjunto, Introducción, Cartas y las notas que las acompañan, dejando a un lado el desorden ya aludido, nos parece de gran interés por mostrar y explicar acertadamente los aspectos más desconocidos, pero a la vez más reveladores, del pensamiento de uno de los grandes ingenios que para nuestra satisfacción ha dado la provincia de León.

Antonio García Montes

SUÁREZ ROCA, JOSÉ LUIS (1992): *Lingüística misionera española*, Oviedo, Pentalfa, 328 páginas.

Mucho interés despertó en su día entre la crítica especializada la publicación de este minucioso estudio que venía a llenar un espacio tan poco estudiado como el de los notables esfuerzos que los religiosos españoles encargados de llevar el Evangelio al

Nuevo Mundo realizaron en pos de difundir esa nueva "cultura" en las lenguas propias de los receptores de su mensaje (Véase José Enrique Martínez, en *Filandón*, DIARIO DE LEÓN, y los dos comentarios que le dedicó Manuel Alvar en su sección *Libros del semanario BLANCO Y NEGRO*, con fechas 24 de Abril de 1994 y 1 de Mayo de 1994).

Está, pues, más que justificado el comentario en estas páginas dirigidas a un público más especializado -investigador, docente y discente universitarios-, y, aunque menos docto el crítico, el dar puntual cuenta del contenido de este, como veremos -y no es descubrir nada-, más que notable análisis en cinco capítulos.

Tras la *Introducción*, en la que con breves pinceladas se centra perfectamente el asunto, el lector se encuentra con el primer capítulo, *Redes y estrategias* (pp. 11-37), que se desarrolla en seis apartados o puntos: en *La red del alfabeto* se explica cómo, vista la facilidad de acceso a las lenguas de los indígenas, entre otros por Pedro Mártir de Anglería, se hace necesaria para los misioneros la tarea de crear sistemas que les permitan la comunicación con aquéllos para poder instruirlos y convertirlos en buenos cristianos. Así, se da preponderancia a la lengua escrita sobre la hablada para llegar a ese alfabeto fonético que permite dominar esa "gran ciencia -son palabras de Motolinía- que es saber la lengua de los indios (...)" para hablar, predicar, conversar, enseñar y administrar todos los sacramentos" (p. 14). El segundo punto del primer capítulo es *La red del intérprete* y en él se da cuenta de la importancia de los indios "lengua", que eran los "más hábiles y recogidos" y en un principio, cuando todavía los religiosos no dominaban las lenguas, fueron instruidos para que predicasen ellos, pero pronto advierten el riesgo que supone confiar la transmisión de los Evangelios a unos indígenas con prácticas tan alejadas de lo que para ellos suponía la auténtica verdad. En *Una ardua empresa*, punto tercero, se señala la dificultad que supuso para los religiosos el aprendizaje de aquellas lenguas indígenas, y se apuntan precisos comentarios al respecto como los de Fray Andrés de Olmos, Fray Alonso de Molina, Juan de Córdoba (quien aseguraba que su obra le había costado mayores esfuerzos que las que habían compuesto lexicógrafos tan ilustres como Ambrosio Calepino o Antonio de Nebrija),... quienes admiten que habrá defectos y errores en sus obras, que sin duda serán corregidos por otros, pero que la necesidad de enseñar la doctrina cristiana para salvar del infierno a los indios, les obliga a apresurarse en la realización sin demora de aquéllas. *Las mallas del latín* es el cuarto punto del primer capítulo, donde se explica cómo en el ambiente pedagógico de aquellos días cobró fuerza el recurrir al latín como solución intermedia entre las dos fronteras del idioma. En este sentido, hubo algunos, como Fray Domingo de Santo Tomás, que presumían de "haber ordenado y encerrado la lengua quechua debajo de las reglas y preceptos de la latina" (p. 28). El siguiente punto lo titula *Los destinatarios* y en él explica que los indígenas (amén, por supuesto, de los religiosos) "mejoraban" en el uso de su lengua a través de las gramáticas y "cartillas" compuestas por sus maestros cristianos, a la vez que no había oposición por parte de éstos a que aprendieran la lengua española utilizando diccionarios bilingües. Termina el primer capítulo con el punto titulado *Con la ayuda de los indios*, donde se

pone de manifiesto a través de testimonios autorizados que sin la valiosa colaboración de los indios en la "traducción y composición de vocabularios, gramáticas, catecismos, doctrinas y otros textos escritos en lengua india" (p. 33), la tarea hubiera resultado mucho más prolongada y difícil.

El capítulo segundo se titula **Los vocabularios** (pp. 39-64) y se divide en tres puntos: En la *Introducción* queda claro cómo "entre la segunda mitad del S.XVI y primera del XVII, el léxico de los más importantes idiomas amerindios es ordenado y fijado en amplios y caudalosos 'vocabularios'" (p. 40). Los *Modelos* seguidos en un principio fueron los de Antonio de Nebrija y Ambrosio Calepino, y con el cambio de siglo se notó la influencia de Sebastián de Covarrubias. También en este segundo capítulo se refieren los *Criterios* que se adoptaron a la hora de elaborar los vocabularios.

El capítulo central y más extenso es el titulado **La gramatización de la lengua náhuatl** (pp. 65-202), dividido en quince puntos: una *Introducción* que sirve de marco y presenta la evolución de los estudios sobre la lengua náhuatl; un *Plan y estructura de las gramáticas* que describe brevemente la organización interna de las mismas divididas en cuatro grupos, a saber, *las gramáticas de Olmos y Molina, las gramáticas de Rincón y Carochi, las gramáticas de Vetancurt y Pérez, y las gramáticas de Tapia Zenteno y Aldama*. El punto tercero lo dedica a un completo *análisis ortográfico-fonológico* y en el cuarto, *Las categorías oracionales*, aborda el estudio de cuestiones gramaticales y su tratamiento por parte de los diferentes gramáticos. Se analizan también *los casos y las declinaciones, el problema de la sintaxis*, y en el punto siete hay una interesante explicación acerca de *algunas propiedades de los nombres*. Se hace también un conveniente repaso de cuestiones tales como *semipronombres y posesión, formas de respeto y reverencia, el verbo, la derivación y composición, los comparativos y superlativos, los mexicanismos, los nombres y maneras de contar*, para finalizar el capítulo con una *valoración*, dando así por terminado el global acercamiento al náhuatl, habiendo tocado todos los aspectos que son precisos para tener una idea clara, a través de los gramáticos de la época, de las características más relevantes de esa lengua tan profundamente investigada por los misioneros y sacerdotes del Nuevo Mundo.

El capítulo cuarto lleva el título **Gramáticas de otras lenguas amerindias** (pp. 203-245). Dividido en cinco puntos, repasa aquellos aspectos más sobresalientes de lenguas como el quechua, aymara, guaraní, zapoteca, tarasca, maya, huasteca,...

En la *Introducción* se da noticia de la mayor parte de esas lenguas "menores" que también fueron estudiadas por los religiosos en la época. Se estudia en dos puntos sucesivos la *ordenación de la gramática y las letras, sílabas y acentos*. El *análisis morfosintáctico*, punto cuarto, se divide en dos apartados, *partes de la oración y partículas y analogías y diferencias*. El último punto del capítulo se dedica a las conexiones entre *gramática y etnografía*.

El capítulo quinto, *Lengua y cultura indígenas* (pp. 247-289), se dedica en cuatro apartados a la reflexión sobre los valores culturales que posee una lengua y las frecuentes dudas acerca de la idoneidad de las lenguas indígenas para ser transmisoras fiables de las verdades del cristianismo. El primer punto, *lenguas bárbaras, lenguas cultas*, centra el asunto. *Indis vero propria materna* contiene las vacilaciones y, a veces, contradicciones que surgieron entre los partidarios de que los indios aprendiesen la lengua española y aquellos que consideraban que la enseñanza de la doctrina tenía que realizarse en las lenguas de los aborígenes. Todo lo relacionado con la adaptación en las lenguas indígenas de los conceptos religiosos se analiza en *traducción y conversión*, apartado en el que se pone de manifiesto la necesidad que tuvieron los misioneros de crear nuevas palabras, nuevos signos, para aludir a ideas abstractas, con lo que el uso de neologismos se constituyó en un procedimiento imprescindible y fecundo (p. 287). *El nuevo Pentecostés y la Lingüística amerindia* cierra el capítulo dejando clara la satisfacción experimentada por los misioneros al vencer ese "inesperado Babel" con que se encontraron en las Indias y ampliar así los límites del reino de la Iglesia (p. 289).

Se aporta, en palabras de José Enrique Martínez, "una documentadísima bibliografía de gramáticas y vocabularios sobre las distintas lenguas amerindias que pone broche de oro a este estudio exhaustivo, pormenorizado y nunca tedioso."

La aproximación científica al interés mostrado por los "conquistadores religiosos" desde los primeros momentos por las diferentes lenguas que se hablaban en el Nuevo Mundo, con el objetivo último de convertir al cristianismo a los indígenas, supone iluminar una parcela que choca frontalmente con algunos de los postulados más tristemente famosos de la llamada "leyenda negra", poniendo en su lugar y calificando adecuadamente actuaciones que no tuvieron parangón en procesos colonizadores, coetáneos o no, llevados a cabo por otras naciones, pero intencionalmente silenciados cuando se quiere desprestigiar buscando únicamente los aspectos más negativos que todo contacto entre culturas supone. Desde este punto de vista, el estudio de José Luis Suárez Roca nos parece de imprescindible consulta también para aquellos que quieran tener una idea acertada de los esfuerzos realizados por los misioneros españoles para respetar, estructurar y aprender las lenguas de los aborígenes amerindios, conducta que en muchos casos fue respaldada desde la Corte.

Antonio García Montes